

Kóssac

*El látigo
de la estepa*



Egor Jernovich

Primer título de la colección «Kóssak» en el que varias circunstancias, como la especial dureza de la estepa, el asesinato de un comerciante, un personaje siniestro que tiene aterrorizada a la gente, e incluso hechos que sucedieron en el pasado, van a conducir a que surja un personaje singular: Kóssak, el látigo de la estepa.

Principales personajes (por orden de aparición)

el Lukianovich: El médico más inquieto que vivió en la estepa.

egor Fedorovich: Un oficial de la guardia del Zarevich, elegante, aristocrático.

lártaro: Acostumbrado a usar la brutalidad en el logro de sus fines.

nia Pugachev: Unos dulces ojos negros que supieron lo que era el llanto.

comerciante Pugachev: Cuyo maletín de cuero encerraba algo de enorme valor para él.

nilo Fedorovich: Hermano del oficial. Piernas largas, delgado.

ría Slaviana: La madre de los Fedorovich. En su corazón anida una angustia.

lena Fedorovich: Alta, elegante, demasiado distinguida.

chutka Valewska: Una muchacha de la estepa, acostumbrada a cabalgar y a cazar pero con unos bellos ojos azules.

fanía Valewska: La energía de esta anciana le sobra para llevar el gobierno de sus posesiones.

Iliuta Morozov: El hombre más temido y discutido de la llanura.

nak: Un pobre criado que pagó una culpa excesiva por la muerte de una codorniz.

ax: Manejaba el látigo como un demonio.

movich: La más serena y fría inteligencia al servicio de Morozov.

NOTA: Algunos de los personajes de esta novela han tenido existencia real. El autor ha adaptado su vida y sus hazañas para que no fuese posible su identificación.

CAPÍTULO PRIMERO

EL HOMBRE DEL MALETÍN DE CUERO

—¿**L**a diligencia de Piterka? —preguntó un hombre joven de rostro jovial al barbudo portero de la estación.

—Aquel coche, señor.

—¿Aquél? —preguntó frunciendo las cejas al darse cuenta de lo desvencijado que estaba el vehículo, y añadió—. De todos modos, gracias.

El joven médico Pavel Lukianovich se dirigió a grandes zancadas hacia el coche que se denominaba pomposamente «Diligencia de Urbak a Piterka y viceversa». Era alto, corpulento y de él emanaba una fácil simpatía. Nadie le hubiese tomado, a primera vista, por un doctor en medicina; antes bien, parecía un marinero de permiso o un atleta de circo. Llevaba dos enormes maletas colgando, una de cada mano, y no parecía que estuviesen muy cargadas, dada la facilidad con que las movía.

Al mismo tiempo que él llegó a la portezuela del coche un oficial del ejército embutido en su grueso capote militar. Era alto, bien formado y en todos sus actos y modales se echaba de ver el producto de una clase distinguida, aristocrática.

—Hay un asiento reservado para el oficial Gregor Fedorovich —afirmó más que preguntó.

—Sí, señor. La ventanilla de la derecha, si me hacéis el favor —contestó con amable cortesía el cochero que se estaba calzando unos gruesos guantes de piel de cordero.

El oficial subió saludando con una levísima inclinación de cabeza a los que ya ocupaban la diligencia y, apoyando su mejilla en la palma de la mano, se perdió en sus posibles añoranzas dejando vagar su mirada en un punto indefinible del horizonte.

La entrada del apuesto doctor en el carricoche, fue más bulliciosa. Protestó por la estrechez de la puerta, pisó el pie de un viejo envuelto en mantas, se disculpó, tropezó su cabeza contra el techo, riose y armó tanto ruido como si hubiesen entrado quince campesinos borrachos. Cuando faltaba poco para arrancar, el cochero y el postillón estaban ya en sus puestos y los caballos piafaban impacientes, apareció un nuevo personaje. Era un hombre con un lujoso y enorme abrigo de pieles. Alto, de rostro brutal, sanguíneo, cuyos anchos pómulos denotaban su procedencia asiática; parecía a todas luces un mercader tártaro enriquecido demasiado rápidamente.

—¿Cómo es posible? —bramó indignado—. ¡Había ordenado que me reservasen un asiento junto a la ventanilla y están todos ocupados! ¿Dónde está el mayoral o el encargado?

—Señor, cuánto lamento lo que ocurre. Sin duda, al ver que tardabais tanto...

—Menos palabras, quiero mi asiento. ¿Has oído? Era uno de estos dos —y señalaba los ocupados por el oficial y una señorita.

El primero de los aludidos volvió un instante los ojos y al contemplar la figura del enojado mercader retornó a su estática posición como si no le interesara lo más mínimo la escena. La señorita, morena, hermosa, de unos treinta años de edad, contempló con ojos asustados el grasiento dedo del tártaro que la apuntaba implacable y se levantó temblando.

–Si no desea moverse de su sitio no tiene por qué hacerlo, señorita –se permitió comunicarle Lukianovich.

–Oh, no, no faltaba más. Así no tendré tanto aire. Gracias.

–Entonces, permítame que le ofrezca mi asiento –y se apartó un poco para que ella estuviese al lado de la ventanilla.

Cuando el grueso mercader se hubo sentado trabajosamente asomose a la ventanilla y gritó con todas sus fuerzas:

–¡Cochero, arrea! ¡Ya podemos partir!

–Perdone, señor –interrogó el inquieto médico–. ¿Es usted acaso el propietario de esta diligencia?

Riéronse casi todos los pasajeros, menos el oficial y un vejete apergaminado que estaba aplastado entre el tártaro, y otro personaje tan grueso como él. El aludido le lanzó una mirada mortal y medio escupió estas palabras:

–Acaso un día sepa quién soy.

En aquel momento chasqueó el látigo del cochero, gritó el postillón, sonaron voces de despedida y la diligencia arrastrada por seis caballejos corajudos partió con el chirriar de los ejes traqueteando entre los baches del camino. Al cabo de un momento corría tan veloz como lo permitía el estado del piso y la fuerza de los animales. Apuntaba apenas la pálida aurora sobre la línea recta del horizonte.

El sol extendía sus primeros rayos sobre la estepa.

En aquella época el ferrocarril de Saratov a Ural, luego de atravesar el Don a la salida de la primera ciudad, se detenía después de varias estaciones en la de Urbak. Todos los viajeros que deseaban trasladarse a alguna de las numerosas poblaciones meridionales comprendidas entre el río Don, la frontera y el mar Caspio, habían de utilizar los servicios de los coches de postas o andar por sus propios medios. No existía otra rama de ferrocarril más al sur. Desde allí, cada vez el paisaje volvía más estepario. Los montes eran más suaves; las casas, más espaciadas; los

pueblos, más distantes y, pasado Krasnyi-kut y Friedensfeld, el camino no se detenía en otro poblado de importancia hasta llegar a Piterka, a orillas del Usen y final de trayecto de la diligencia. El camino era largo, pesado y monótono. Unas ciento ochenta «*verstas*»¹¹ de distancia eran recorridas por el atropellado vehículo. En aquel tiempo, era el mes de otoño de un año cualquiera de fin de siglo, se aprovechaba la salida del sol para partir de Urbak y cambiando los caballos con relativa frecuencia podía llegarse a Piterka antes de anochecer si el piso estaba seco y no se sufría avería ninguna.

Los viajeros, zarandeados por el traqueteo del coche, cabeceaban. Pavel Lukianovich, el médico, era el más locuaz de todos.

—¿Van ustedes a Piterka, señores? —preguntó.

—Sí, vamos a Piterka —gruñó un vejete que iba sentado en frente y se creyó aludido al ver la mirada del joven fija en él. No resultaba difícil reconocer en el hombrecito a un apergaminado, viejo y diminuto representante de la raza mosaica. Volvió a quedar silencioso el hebreo.

—¡Quién me iba a decir que volvería a pisar las viejas tierras del Don! —exclamó entusiasmado el doctor a pesar de que nadie le hacía demasiado caso, al parecer—. Aún recuerdo cuando recorría a caballo esas llanuras, hace quince años.

—¿Es usted del país? —preguntóle el tártaro con un dejo irónico.

—Nací en Rostov, en la desembocadura del Don y me crié como un salvaje hasta que me mandaron a la Universidad. ¡Ah, qué tiempos aquéllos!

—Mejores que los actuales —rezongó un hombre que, sentado frente a la muchacha, abrazaba un maletín de cuero rojo.

—¿Le van mal los negocios, señor? —preguntó solícito y sin pizca de curiosidad el médico.

—No pueden ir peor. Vivimos rodeados de perros hambrientos y, en ninguna parte ves un asomo de la justicia del Zar.

—Papá... —suplicó la muchacha. Y Lukianovich enarcó las cejas sorprendido al enterarse de que la bella muchacha era hija de aquel hombre ceñudo y preocupado.

—¿Por qué callar? Siempre callar. Me han robado de la manera más indigna. Cincuenta carretas de trigo tenía y... —se detuvo súbitamente. Con toda probabilidad se impresionó al ver que todos los ojos estaban fijos en él. Los del oficial medio soñolientos, con la mano pegada a la barbilla; los del tártaro, irónicos y profundos; los del judío como dos puntitos acerados. Calló y su rostro adquirió una expresión sombría.

La súbita detención del comerciante produjo en el interior del carruaje una extraña tensión. Alguien respiró profundamente y el tártaro encendió una pipa.

Lukianovich iba a decir algo pero se contuvo. Cada viajero quedó sumiso en sus pensamientos.

Oportunamente, el carruaje había llegado a una parada.

—¡«Posada del Lobo Negro», cambio de caballos. Media hora de parada! —gritó el postillón descabalgando de un salto.

Se acercaron a la diligencia unos mozos de cuadra y un hombre grueso y reluciente que, sin duda, era el posadero ofreció:

—¡La comida está preparada, señores: pueden pasar al interior!

Bajaron los pasajeros desentumeciéndose las piernas anquilosadas después de tanto tiempo de permanecer en la misma postura.

Descendieron todos y se dejaron acariciar por el tibio sol del mediodía.

Ante el mesón todo era trajín. Los postillones cambiaban el tiro, el cochero bebía un buen trago de vino y todo

eran comentarios y risas. Uno a uno fueron entrando en el interior del mismo. Fuera quedó el oficial que se disponía a encender un elegante cigarrillo emboquillado. Lukianovich le ofreció fuego.

—¿Está usted de guarnición en Piterka, señor? —le preguntó curioso.

—¡Oh, no!, tengo mis fincas a pocas «verstas» de la ciudad.

—Entonces, es probable que alguna vez necesite de los servicios de un facultativo.

—Perdone... nuestro médico me parece que se llama... hace unos ocho años que no estoy en casa... sí, ya recuerdo: Hans de Bulov.

—Cuando yo llegue a la ciudad el doctor de Bulov no será ya médico de Piterka: se traslada a Jerson y yo voy a sustituirle.

—Entonces, será usted médico de nuestra familia, señor...

—Pavel Lukianovich; a sus órdenes.

—Me llamo Gregor Fedorovich, oficial del Regimiento de Caballería del Zarevich, de guarnición en Moscou.

Se estrecharon las manos. Ambos eran jóvenes y apuestos pero como dos polos contrarios. Lunianovich era el dinamismo, la simpatía, la franqueza, la vida. El oficial era la aristocracia, la cortesía, la pulcritud y la educación. Aquél parecía acaso algo rudo, un poco brutal; Gregor Fedorovich, en cambio, demasiado atildado aparentaba fragilidad a su lado; era el producto de una civilización por demasiado refinada, decadente.

El tártaro corpulento se acercó al grupo y sin cumplidos anunció:

—Señores, si desean tomar algo caliente, el posadero ha preparado comida para todos. Un buen lomo de tocino con patatas y vino negro caliente.

—¿Dónde está mi padre? —preguntó la muchacha.

–Allí dentro lo he dejado. Hablaba con ese puerco judío.

Apenas había terminado de pronunciar estas palabras cuando sonó una detonación que estremeció la solemne quietud de la casa.

–Esto ha sido un disparo –dijo el médico corriendo hacia la parte posterior de la posada, de donde parecía proceder el sonido.

La muchacha, herida por un cruel presentimiento, siguió al joven con pasos apresurados. Lo mismo hizo el tártaro y, mucho después, el oficial, sin dejar de fumar lentamente.

En la parte trasera del edificio se ofrecía un espectáculo repugnante. El padre de la joven, el obeso comerciante yacía en el suelo tumbado sobre la espalda, con los brazos abiertos y una expresión de terror en los ojos. De su boca entreabierta salía un hilo de sangre.

–¡Padre mío! –gritó la muchacha en un sollozo mientras se desplomaba sobre el cuerpo inanimado—. Dios mío, ¿qué ha sucedido?

El tártaro, a una seña del doctor, apartó a la muchacha del cuerpo de su padre. En aquel momento aparecieron el posadero, los postillones, el vejete judío y el cochero. Todo eran preguntas y suposiciones. El médico dejó oír su vozarrón indignado:

–Hagan el favor de apartarse y dejar que examine bien a este hombre. Puede no estar muerto. Llévense a la muchacha. ¡Listos!

Apartáronse un poco formando un semicírculo un poco más ancho. Lukianovich examinaba el cuerpo intentando encontrar una herida, pero no se veía el más ligero rasguño ni el más pequeño agujero en la ropa. Por fin le abrió la boca y en su rostro se dibujó una mueca de asco.

–Le han pegado un tiro en el paladar –dijo encarándose con el oficial—. Debía ser una pistola de pequeño cali-

bre y debe tener la bala alojada en la masa encefálica. Mortal de necesidad.

—¿Quién ha sido? —limitose a preguntar el joven—. ¿Es posible un suicidio?

—Este hombre no deseaba suicidarse. Oiga, buena mujer —se dirigía ahora a la posadera—: ¿sería tan amable de llevarse a esta señorita?

—Pues claro. Venga la pobre niña conmigo.

Cuando la muchacha estuvo fuera, Lukianovich dijo con acento un poco indignado:

—Alguien acaba de asesinar a este hombre: es preciso averiguar quién ha sido.

En aquel momento oyose el galopar de un caballo que se alejaba. Apartáronse todos del cadáver y vieron, cada vez más pequeño, un hombre montado sobre un caballejo que se perdía tras una nube de polvo.

El médico volvióse mirando a su alrededor para comprobar quién faltaba de los viajeros. No le quedaba la menor duda que el comerciante había sido asesinado a consecuencia de sus misteriosas lamentaciones. Había hablado demasiado y el maletín de cuero debió ser culpable de su muerte.

El oficial continuaba fumando plácidamente. En aquel momento tiraba la colilla. El tártaro permanecía mirando altivo y orgulloso. El posadero se restregaba las manos contra el delantal con la misma confusión que si se hallase ante el juez. El vejete judío se tiraba nervioso de la barbi-lla. Estaban todos, al parecer.

—¿Quién es este jinete? Este hombre que huye es el asesino. ¿Es un criado de la posada? —preguntó al posadero.

—¡Oh, de ningún modo, señor! Todos están aquí.

—¿Dónde está su criado? —era el oficial que hablaba dirigiéndose al tártaro.

—Mi criado está en la caballeriza seguramente.

Adelantose un postillón y dijo:

–Su criado, señor, ha cogido un caballo del establo y ha partido hace un momento. Yo le he preguntado si tenía permiso y me ha contestado que cumplía órdenes de su señor.

Centellearon de cólera los ojos del tártaro y apretó las mandíbulas.

–Maldito «*mujick*»^[2]. ¡Perro tendría que ser!

–¿Qué hacemos, pues, señor oficial? –preguntó el médico.

–Señores, la diligencia no puede detenerse más, es hora de partir –apremió el cochero.

–Cuando lleguemos a Piterka daremos cuenta de lo sucedido. De momento no podemos hacer otra cosa sino enterrar el cadáver.

–Yo me encargo de denunciar el hecho al Juez de Piterka –propuso el tártaro–. Tengo interés en arrancar la piel de este asqueroso siervo, a latigazos.

No hubo inconveniente. Lukianovich dudó un momento pero finalmente accedió. Él acompañaría al denunciante para tener la seguridad de que se llevaría a cabo la demanda. Un montón de raros pensamientos hervían en la mente del impetuoso médico.

Después de dar sepultura al infeliz comerciante, arrancó nuevamente la diligencia con un viajero menos. Con más de dos horas de retraso llegó por fin a su destino. Al médico Pavel Lukianovich le cupo la triste tarea de acompañar a la bella muchacha hasta la casa de unos parientes suyos.

Era ya bien entrada la noche cuando se acostaba en un cuartucho de una de las fondas de Piterka. Los demás compañeros de viaje habíanse desparramado sin dejar rastro. Pero el joven doctor no podía arrancar de su cabeza las misteriosas circunstancias de aquel maldito crimen.

–¿Quién era este comerciante? –se decía–. ¿Qué llevaba en el maletín? ¿Quién lo mató?

Y no cesaba de dar vueltas y más vueltas en su imaginación a todos los detalles del viaje de Urbak a Piterka sin poder sacar nada en claro.

CAPÍTULO II

LA MUCHACHA DEL ARCO

En la mansión de los Fedorovich reinaba una excitación inusitada. Pacha, la vieja ama de llaves, andaba de un sitio para otro como si el propio Gran Duque estuviese al llegar. Pacha había sido nodriza de Gregor y le quería como su propio hijo. Un muchacho larguirucho andaba por la casa.

—¿Cómo me encontrará, madre —preguntó a una dama que cerca de un ventanal leía—; seré bastante hombre para mi señor hermano, el oficial?

—Sí, pero en como empieces a decir tonterías, Danilo, tu señor hermano te arrojará de casa.

Una burlona carcajada estalló a espaldas del denominado Danilo.

—Pues en cuanto vea la figura impresionante de mi linda, hermana —murmuró furioso dirigiéndose a una joven que estaba sentada frente a un elegante piano de media cola— va a marcharse inmediatamente sin cambiar de callos.

Por toda contestación la hermosa joven deslizó sus delicados dedos sobre el teclado y a la carcajada franca se unió un arpegio burlón. Helena había nacido antes que Danilo y después que Gregor. No había visto aún florecer veinte primaveras pero sus cabellos habían aprisionado todo el oro de los trigales de la llanura y en sus ojos azules